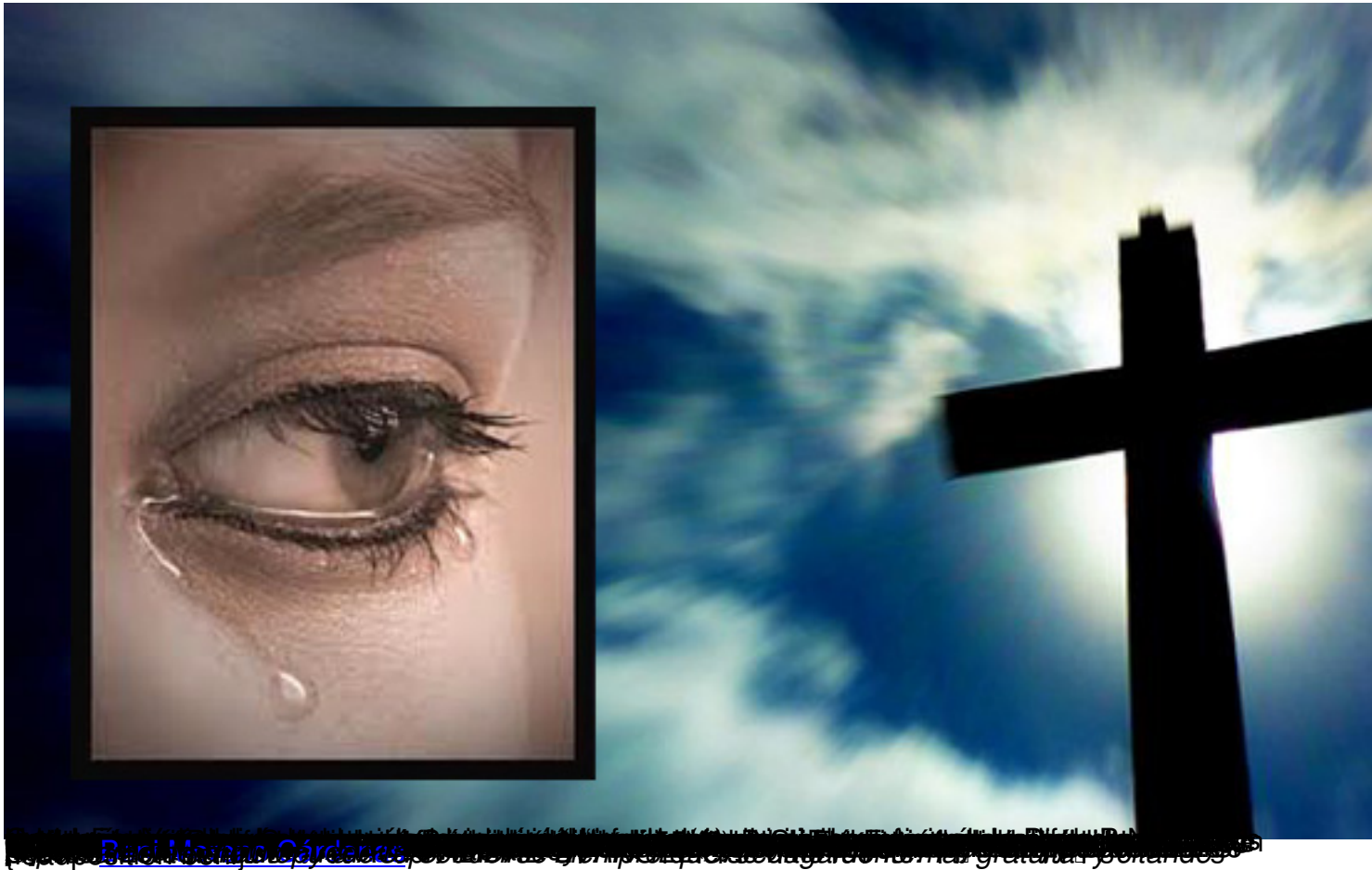




([BENI MORENO](#) , 10/04/2013) La muerte no es algo natural. Cuando llega es para arrancar lo más querido y llenarte de dolor; te azota, te sacude, te descoloca. Todo tu mundo da un giro y sientes que ya nada será igual. No, ya no volverás a ser el mismo. La muerte de un ser querido marca un antes y un después. No estamos preparados para aceptar la muerte de alguien a quien queremos, porque como ha dicho el consejero cristiano Richard Goodwin “no fuimos creados para la muerte, sino para la vida”.

Las noticias de esta semana relacionadas con la muerte en la familia de la fe evangélica han despertado de nuevo mis fantasmas del dolor, algo que acompaña durante mucho tiempo al que se duele por la separación de la muerte. El dolor no desaparece ni se puede apartar, como algunos pretenden, aludiendo a una fe forzada y en absoluto real. El dolor se mitiga con el tiempo y una buena gestión o elaboración de ese mismo dolor que abarca todo el ser: las áreas emocional, física y espiritual. Pero esto lleva tiempo, bastante tiempo; en algunos casos, mucho tiempo.

El duelo duele, así sin más. Es un dolor tan desgarrador que no se puede comparar con ninguna otra situación que también produzca dolor interno. Y elaborar el duelo es vivir ese dolor, exteriorizarlo. A veces ocurrirá en la más absoluta intimidad, pero otras será necesario un hombro sobre el que llorar. El consuelo es una de las medicinas del duelo. No todos saben ofrecerlo, pero es necesario. No hay curación sin el consuelo de los que te rodean. No es un momento para estar completamente sólo la mayor parte del tiempo. Necesitas manos que aprieten las tuyas, ojos que se contagien de tus lágrimas, oídos que escuchen tu lamento, brazos que abracen y sobretodo bocas cerradas. Muchas veces se suelen decir cosas totalmente inoportunas e inadecuadas.



[Basilio Hernández](#)